

RAMÓN GAYA

Obra escogida

MUSEO RAMÓN GAYA

10 octubre 2020 - 30 marzo 2021

OBRA ESCOGIDA

El Museo Ramón Gaya conmemora su 30 aniversario con una exposición que reúne casi una veintena de cuadros que abarcan toda una vida consagrada a la pintura. El conjunto nos ofrece una visión cronológica de los periodos cruciales del artista, permitiéndonos así ver su evolución. Cabe dividir la muestra en cuatro etapas:

Juventud (1910-1939)

Abre la exposición *La silla* (1923) el primer óleo conservado del pintor que hizo con tan solo 12 años un jovencísimo y precoz Ramón Gaya. Se trata del interior de una casa —quizás la de su familia— el modesto salón que su padre realquiló a los pintores Pedro Flores y Luis Garay para usarlo como estudio. Ellos fueron los que desaconsejaron al joven Gaya frecuentar academia alguna pues vieron en él a un pintor nato. En la habitación hay unos cuadros colgados y otro en el suelo, cara a la pared. La casa y el estudio son uno. Y será esta una constante en toda la vida del pintor. Jamás hará separación entre ambos, «Un estudio, propiamente “estudio”, no lo he entendido nunca. No me va, me da la sensación de laboratorio, de lugar donde se combinan cosas». En todas las casas-estudio en las que vivió, era habitual ver cuadros vueltos cara a la pared y una silla de enea, como la que aquí aparece, donde apoyaba sus obras para enseñarlas a los amigos.

El azucarero (1927) lo pintó bajo una gran influencia de Cézanne, al que no conocía



más que por reproducciones de unas revistas de arte que trajeron unos pintores ingleses afincados en Murcia, entre ellos Cristóbal Hall. Gaya reconocería años después que estas naturalezas muertas serían sus primeros homenajes a un pintor.

Muy pronto abandona definitivamente ese post-cubismo que estaba haciendo por parecerle «una búsqueda formal ingenua». El desencanto se produce en un viaje a París, al ver ese centro de novedades siente un gran distanciamiento de las vanguardias. Vuelve a España y todavía sin un ideal concreto de la

pintura que quiere hacer, tiene clara su pretensión de que aquello que pinte esté vivo y no sea una «elucubración mental». Ese tiempo dubitativo lo pasa en *Altea* (1930), pintando mucho, tratando de salir de esa «maniática modernidad en la que había estado incrustado ingenuamente, y de alcanzar una *actualidad* más fija, *sin estilo exterior moderno*». Vuelve a la pintura del natural, a la realidad de manera directa. En el tiempo de Altea se reencontró con Corpus Barga, la primera persona que le habló con verdadero entusiasmo sobre Venecia.

El cuadro *Cristóbal Hall en el salón de Cardesse* (1939) lo hace poco después de salir del campo de concentración de Saint-Cyprien, y de haber perdido a su mujer en un bombardeo en el que sobrevivió Alicia, su única hija nacida en plena Guerra Civil. Ramón Gaya está en la casa de campo del matrimonio Hall. Pasará casi todo el tiempo en la cama, abatido. La pintura consigue recuperarle algo. Permanecerá allí dos meses antes de partir al exilio forzoso a México. Su hija, de dos años, se recupera de una neumonía, por lo que deciden que permanezca en Francia con los Hall.

Exilio en México (1939-1956)

Al llegar a México se encierra en sí mismo, no frecuenta a mucha gente ni sufre más compañía que la de aquellos que coinciden con sus gustos y temperamento. Se repliega en el trabajo. Ni el arte ni la pintura que se hacen

allí coinciden con él. No habrá influencia alguna de México en la pintura de Ramón Gaya, como tampoco hay huella aparente del tiempo amargo que está viviendo.

La Jaula (1947) bien podría ser un homenaje velado a *El Jilguero* de Carel Fabritius. Encima de la jaula hay unas cerámicas populares y un tipo de copa traslúcida que, a partir de entonces, comenzaremos a ver con frecuencia en sus obras, hasta el final de sus días. Ramón Gaya había pintado otro tipo de copas, pero será ésta con la que lo identifiquemos. Con ella pretende el pintor ver los objetos a través de su transparencia.

Suele tener en la casa reproducciones de cuadros de pintores por los que sentía nostalgia: Velázquez, Murillo, Ticiano... «mi verdadero exilio fue estar lejos de *La Pintura*», nos dirá. Será el origen de sus homenajes, donde colocaba algunos objetos en torno a una postal. Era una manera de comunicarse «con la pintura de siempre, era una actitud polémica, polémica sin gritos».

En México, lejos de los cuadros de los grandes maestros, definirá al Museo del Prado como «una especie de Patria». Precisamente en el Prado está El Niño de Vallecas que vemos en el *IX Homenaje a Velázquez* (1948), una de las predilecciones de toda la pintura en Ramón Gaya y «el escalón supremo en la obra del pintor sevillano».

De vez en cuando interrumpirá su soledad, cuando tropieza con personas afines a él.

Salvador Moreno es un joven compositor que conoció nada más llegar a México. Su amistad duraría toda la vida. Ramón Gaya empezó a sentarse al piano en casa de este, pues, aunque no sabía leer partituras, le gustaba tantear, improvisar. La música fue algo muy importante en su vida. *La mesa (El estudio de Salvador Moreno)* (1950), una obra de exquisita sencillez, de «una pobreza de lujo», es uno de los temas pictóricos que vio en esas visitas.

Precisamente a Salvador Moreno escribe una carta donde leemos: «De cuadros he pintado un paisaje del *Jardín Borda* (1951) que me dispongo a guardar». Efectivamente, Ramón Gaya no se desprendió nunca de ese cuadro resuelto con una magistral pobreza de color, rota solo con un tono azulado en una columna que ilumina toda la composición.

Regreso a Europa (1956-1978)

En 1956 abandona México y fija su residencia en Roma, aunque viaja por diferentes ciudades para reencontrarse con la pintura. Trabaja mucho, pintando a la intemperie, dibujando dentro de los museos, escribiendo. En Venecia –uno de los lugares más hermosos del mundo, como le dijo Corpus Barga– tiene una revelación: descubre que toda la pintura es siempre la misma desde Altamira; que en arte no se adelanta nunca nada «puesto que no es ciencia, ni siquiera cultura, sino naturaleza viva». Será en la Serenissima donde cristalice uno de

sus escritos fundamentales: *El sentimiento de la pintura*.

Tiene a su vez un reencuentro con la escultura. Con Miguel Ángel, al que, antes de ir a Italia «lo había visto siempre como una figura más estética, es decir, más artística de lo que después me pareció. Cuando llegué allí tuve una sorpresa extraordinaria. Me pareció que era un creador absoluto y de los más grandes». Verá sus esculturas en Florencia, donde pinta el nocturno *Las luces del Ponte Vecchio* (1958), quizás desde el hotel en el que se aloja, en la misma habitación en la que estuvo en 1952. En su diario anotó: «Llegada a Florencia al atardecer [...]. Desde la ventana de mi cuarto, que se asoma al río, se ve el Ponte Vecchio con las luces de sus tiendas ya encendidas».

Mientras dura el régimen franquista solo viaja a España en ocasiones, pero visita incansablemente el Museo del Prado. Demasiados años «sin poder contemplar un trozo de pintura verdadera». Una de esas visitas la hará en compañía del pintor Juan Bonafé. Años atrás, antes de la guerra, ambos copiaron algunas obras para el Museo Ambulante de las Misiones Pedagógicas. Bonafé vive en Murcia. Ramón lo visita unos días y vuelve así a su tierra natal después de tanto tiempo. En su diario escribe: «llegada a Murcia a las cuatro de la tarde. Es una tarde de otra época». Esos días pinta *El estudio de Juan Bonafé* (1961), un juego visual del cuadro dentro del cuadro.

De vuelta en Roma pinta una obra magistral, *Los Baños del Tevere* (1971) donde el cuerpo del agua es protagonista. Para Ramón Gaya el reflejo del agua nunca es una copia que «repite tontamente las cosas que están arriba, sino algo directo y original».

En España solía visitar al pintor Julián Grau Santos que tenía un estudio en Cuenca, en lo alto de un risco. Allí pintó *Cuenca, la rama del geranio* (1973). Es un paisaje con una perspectiva desconcertante pues suprime el cielo, al igual que la anterior vista de los baños del Tevere.

Por estos mismos años Ramón Gaya volverá a Murcia con frecuencia, llegando a exponer de nuevo en 1974, algo que no había hecho desde que era casi un niño. Ya no se trata de una visita esporádica. Tiene un reencuentro muy profundo con la ciudad. Pinta los huertos, el monte, en el Museo Salzillo, vistas de la ciudad, retratos... Llegó a decir, «este trozo de tierra y aquellos montes del fondo son para mí el paisaje más querido, el que más me gusta del mundo». Conoce a algunos jóvenes atentos, deslumbrados por alguien que les hablaba de pintura, de poesía, de Luis Cernuda, de María Zambrano, de Juan Ramón Jiménez... Era una época gris, sórdida, con poca vida cultural, por lo que su llegada supuso un acontecimiento muy especial. Enseguida se formó un pequeño grupo de amigos en torno a él que con el tiempo serían fundamentales para la apertura de su museo en 1990.

En el cuadro *La Catedral* (1975) nos muestra nuevamente un ángulo muy original e inédito (como sucede en los paisajes del Tevere o Cuenca). Se detiene en un fragmento en el que ningún otro pintor había reparado antes. En él, Ramón Gaya consigue pintar el aire. Pero no solo el aire espacial (el que da profundidad o sensación de espacio a una pintura) sino el aire de la ciudad de Murcia «fino y polvoriento», ese mismo que «se me revelaba como algo casi corpóreo, carnoso, succulento, sensual».

Madurez, «reconquista de la inocencia» (1978-2005)

En Valencia conoce a la que será su segunda mujer, Isabel Verdejo. Irán a vivir juntos y, más tarde —cuando pueden— tendrán una casa en Madrid, cerca del Museo del Prado y otra en Roma. Construyen un hogar donde se convive entre pinturas, en un orden exquisito. Esos amigos afines a ellos irán a visitar al matrimonio. Isabel Verdejo será decisiva en esta etapa de Ramón Gaya, lo liberará de obligaciones y servidumbres cotidianas y propiciará la calma y el silencio necesario para que nazca su pintura, y lo acompañará por toda Europa en busca de esos otros «amigos perennes»: Rembrandt, Giotto, Miguel Ángel, Ticiano... Salen por unos días para París, pero acaban siendo tres meses visitando diferentes ciudades. Se detendrán en Venecia. *La Riva de Schiavoni* (1978) era un rincón de la ciudad que gustaba mucho



a Ramón Gaya, además de estar allí la pensión donde se alojaba el matrimonio. Desde la habitación veían el hormigueo constante de paseantes, el tema central de este cuadro.

A pesar de haber saciado su hambre de pintura, de nutrirse de ella continuamente, sus homenajes no se interrumpen. Su pintura cada vez se hace menos corpórea, más transparente. Serán frecuentes en sus obras rincones de las casas donde viven, en las que el pintor crea una atmósfera en torno a las reproducciones y otros elementos: flores de los huertos, regalos de los amigos (cerámicas), frutas, *Tómates* (1994) o verduras que nos hablan de la estación en la que fueron pintados. El interior de la casa es tema principal donde el espejo tiene a veces un especial protagonismo como en *Autorretrato con metrónomo* (1979), donde se pintó reflejado en él.

La mujer del pintor será otro tema al que vuelva una y otra vez. Hay 92 obras en las que aparece Isabel Verdejo, como *En la mecedora* (I.V.) (1983).

Vemos a un pintor que ha llegado a lo mejor del hombre, su madurez, «es decir, cuando ha pasado por su sabiduría y, dejándola atrás, sin renegarla, ha reconquistado su inocencia».

La exposición se abre con el primer óleo de Ramón Gaya y se cierra con el último cuadro que pintó: *Vaso con geranios* (2004), concretamente el 13 de abril. El pintor, muy mayor, casi sin fuerzas, hará esta obra de trazo tembloroso, pero vivísima. Cumpliendo aquello que él había repetido una y otra vez: «Los escritores deben morir escribiendo y los pintores, pintando».

Rafael Fuster



La silla. 1923

Óleo sobre cartón. 27 x 23 cm

Colección Museo Ramón Gaya



El azucarero. 1927

Óleo sobre lienzo. 51 x 56 cm

Colección Museo Ramón Gaya

Altea. 1930

Gouache sobre papel. 46 x 31 cm

Colección Museo Ramón Gaya



Cristóbal Hall en el salón de Cardesse. 1939

Gouache sobre papel. 49,5 x 41 cm

Colección Museo Ramón Gaya

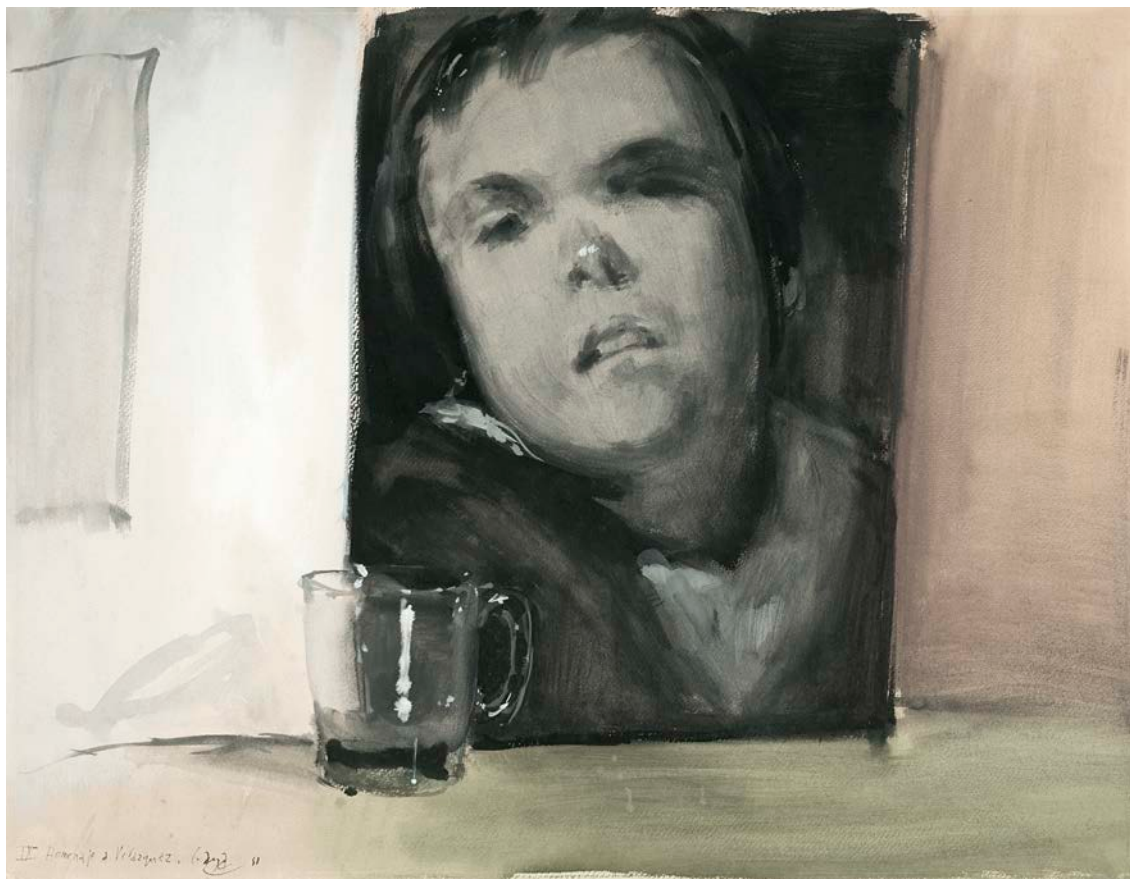




La jaula. 1947

Gouache sobre papel. 34,5 x 48,5 cm

Colección particular



IX Homenaje a Velázquez. 1948

Gouache sobre papel. 45,5 x 59 cm

Colección Museo Ramón Gaya

La mesa (el estudio de Salvador Moreno). 1950

Gouache sobre papel. 59,5 x 43 cm

Colección particular





Jardín Borda. 1951

Gouache sobre papel, 43 x 59 cm

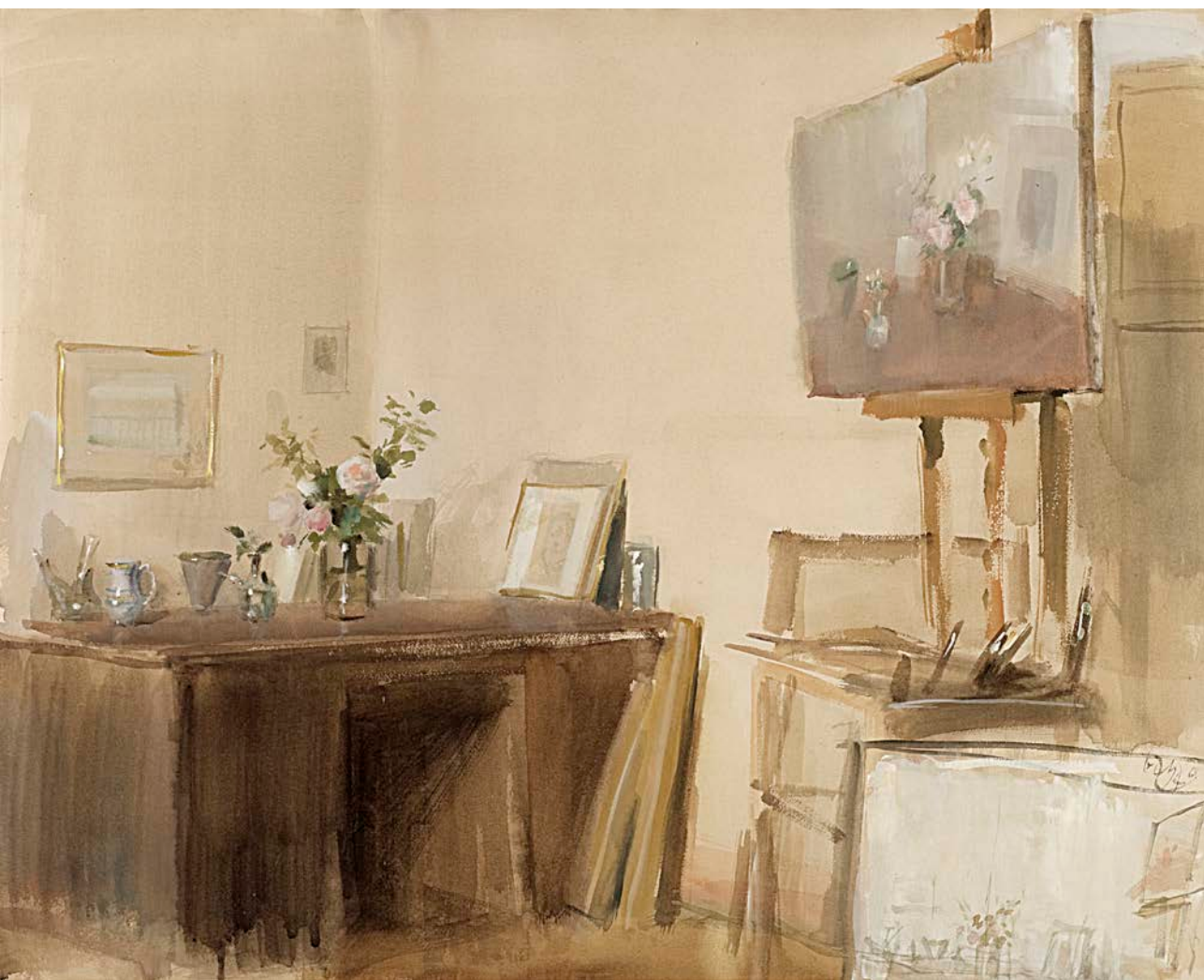
Colección particular



Las luces del Ponte Vecchio. 1958

Gouache sobre papel. 23 x 29,5 cm

Colección particular



Estudio de Juan Bonafé. 1961

Gouache sobre papel. 51 x 64 cm

Colección particular



Los baños del Tevere. 1971
Gouache sobre papel. 31,5 x 40 cm
Colección particular



Cuenca. La rama de geranio. 1973

Óleo sobre madera. 35 x 30,5 cm

Colección particular





La catedral. 1975

Óleo sobre lienzo. 61 x 50 cm

Colección particular

Riva de Schiavoni. 1978

Gouache sobre papel. 35,5 x 48 cm

Colección Museo Ramón Gaya



Autorretrato con metrónomo. 1979
Óleo sobre lienzo. 60 x 73 cm
Colección de arte Banco Sabadell

En la mecedora (Isabel Verdejo). 1983
Óleo sobre lienzo. 92 x 73 cm
Colección particular





Tomates. 1994
Óleo sobre lienzo. 39 x 49 cm
Colección particular



Vaso con geranios. 13 de abril de 2004
Gouache sobre papel, 36 x 49 cm
Colección particular

RAMÓN GAYA

Obra escogida

AYUNTAMIENTO DE MURCIA

Alcalde

José Ballesta Germán

Concejal de Cultura y Recuperación del Patrimonio

Jesús Francisco Pacheco Méndez

Gerente-Directora Museo Ramón Gaya

Marta López-Briones Pérez-Pedrero

EXPOSICIÓN

Comisario

Rafael Fuster

Coordinación

Victoria Clemente
Isabela Antón

Gestión

Ana Álamo
Inmaculada Guarinos

Administración

Ana Martínez

Asistencia técnica

Juan Carlos Díaz

Transporte y montaje

Expomed S.L.

Seguros

Helvetia S.A.

CATÁLOGO

Fotografía de la obra

Javier Salinas

Fotografía del pintor

Archivo Museo Ramón Gaya. 1923 (Pág. 3)
Pedro Serna. 1989 (Pág. 7)

Texto

Rafael Fuster

Diseño gráfico

Rafael Fuster
Pepé Reina

Imprime

Pictocoop

D. L.: MU 767-2020

ISBN: 978-84-16710-82-9

AGRADECIMIENTOS

Isabel Verdejo Muñoz

Colección de arte Banco Sabadell

Colección familia Massoni

Colección familia Bernal

Colección familia

Pelegrín Martínez-Canales